



# RECUERDO DE ROMA

por E. Manuel - Rimbaud

## «VERE MORTUS EST»

Una ejemplaridad maravillosa, que no desconocían ni los pueblos ajenos a la obediencia de Roma, ocupó, con muestras inequívocas de dolor, la actualidad mundial durante el mes de octubre. Este ejemplo luminoso que se llamó Pío XII, ha demostrado el prestigio, incluso humano, del Vicario de Cristo, y el fervor de los católicos hacia la figura del Papa. La muerte del supremo Pontífice ha producido una conmoción hasta los últimos confines de noticia humana.

Reverentemente, el mundo se ha postrado ante los restos mortales de su santidad. El Papa Pacelli, «Pastor Angelicus», después de conocer sus alegrías alternadas con muchas y amargas lágrimas, murió santamente con la grandeza de ánimo de su talla excepcional.

El mundo impresionado recibió la noticia: «Vere Mortus est».

## «HABEMUS PONTIFICEM»

La ansiedad por el acontecimiento fué conocida por todos. Espiritualmente estábamos entre la masa de fieles, enmarcados por la columnata de Bernini, viviendo los trascendentales momentos de la elección del nuevo Papa. En Roma se habían juntado los cardenales de todo el mundo —recordemos a los primados de Hungría y Yugoslavia— para elegir al sucesor de Pedro.

El pueblo llora de emoción al ver la fumata blanca que salía de la capilla Sixtina. De las campanas de San Pedro en el Vaticano, corrió la alegre noticia a los compañeros de todo el mundo: «Habemus Papam»: Juan XXIII.

¡TE DEUM LAUDAMUS!

REVISTA DE GERONA, que aparece en su portada con los colores blanco y amarillo de la bandera pontificia, se une al sentir del mundo católico en estos momentos solemnes para toda la Cristiandad.

San Juan de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y el orbe, estallaba de flores y cánticos en la celebración de los oficios del Domingo de Ramos. Se estaba bien allí, pero teníamos una cita, una cita ansiosamente esperada. Otra vez la moto. El Tíber, el Castillo San Angelo, la Vía de la Conciliazione y, al fondo, San Pedro!

Es difícil, para no decir imposible, que quien no haya estado en Roma pueda ni tan siquiera imaginar las contradictorias impresiones que produce la plaza de San Pedro. En primer lugar, desilusión. Sí, desilusión, desengaño: la plaza no es tan grande como nos habían dicho.

Es menester andar a golpe de suela o a vuelta de neumático, para darse cuenta de que la plaza no es tal como nos habían dicho: Es mayor todavía, es, sencillamente, inmensa. Y a la memoria vienen esas cifras de multitudes que sobrecogen: ¿Cien mil? ¿Ciento cincuenta mil? ¿Doscientos mil? ¡Qué importa! En la Plaza de San Pedro todo es posible.

Y en aquel bendito Domingo de Ramos, ¿cuántos éramos? ¿Acaso cinco mil, diez mil? Quizá más, pero en el inmenso círculo parecíamos un pequeño grupo. El sol apretaba de firme y entre el gentío que hablaba todas las lenguas y vestía de todas las formas (¿porqué será que en ninguna parte como en Roma se siente, se vive, la universalidad?) latía ese raro nerviosismo que acompaña a las grandes esperas. Las máquinas de cine, de televisión, los aparatos fotográficos, las miradas todas, convergían hacia una ventana, una sola, de uno de los edificios que sobrepasan la columnata de Bernini.

De vez en cuando una pequeña monjita que estaba a mi lado preguntaba la hora a su acompa-

ñante, con voz en la que se adivinaba la impaciencia. Pocos minutos después de las doce se descorrieron unas cortinas, se abrió la cristalera que cerraba la ventana y a partir de este momento las miradas ya no se separaron de ella. Por fin, ¡el Papa! Una figura blanca, majestuosa, erguida, que correspondía agitando los brazos en un movimiento que evocaba el abrazo y el ansia de estrechar al mundo entero.

Se gritaba, se agitaban los pañuelos, se aclamaba la blanca figura, y la monjita decía con una voz fina y débil que producía escalofríos: ¡«Viva el Papa!»!

Después, una voz majestuosa, serena, que procedía de quién sabe que recondito altavoz, inició: «*Benedicat vos...*». El silencio se adueñó de la Plaza mientras las rodillas se hincaban sobre las losas que pulieran los pies de incontables peregrinos.

¡Qué nudo en la garganta, qué sensación de felicidad lograda, qué plenitud de éxito del viaje en este momento! Atrás quedaba el frío de la carretera, las noches sin dormir, las molestias aduaneras. ¡Qué importa todo! ¡Habíamos visto al Papa!

Y otra vez las aclamaciones, los gritos, el agitar de brazos, pero ahora todo era más limpio, más puro, porque la emoción que había atenazado las gargantas y los corazones había limpiado todos nuestros pensamientos. Hasta cuando Pío XII hubo desaparecido de la ventana, continuó el grupo sin deshacerse durante unos minutos y aclamando a la figura ya invisible. Luego, los comentarios, y la expresión de uno de los que nos rodeaban: «Aún cuando ahora se terminara el viaje, ya no me importaría. Valía la pena venir». Lo más importante estaba conseguido.

Tengo ante mí una de las fotografías que tomamos del Papa asomado a la ventana, con un primer término de quienes le aclaman. Y el detalle más revelador está quizá en esa mano desconocida que sostiene el sombrero en actitud de respeto junto al pecho. Esa actitud de respeto de tiempos idos, junto a la voz tenue de la monjita y los gritos de los jóvenes, constituyen para mí la mejor expresión del cariño universal que despierta la figura del Padre Santo. Y lo que quiero decir, lo que llenaba el ánimo de alegría, es que no se oyó un sólo comentario que dijera: «He visto a Pío XII», sino «He visto al Papa».

La persona, aun la inmensa personalidad, la sobrenatural bondad que se desprendía de cada uno de sus gestos, perdía importancia ante el hecho de que era ¡el Papa!, Pastor Supremo, cabeza visible de esta Iglesia tan amplia y tan ancha, tan suave y tan firme que llega hasta los últimos rincones. Se dice que cada vez que nace un Papa muere un Cardenal, porque allí donde estuvo el Cardenal Pacelli, ocupó su lugar Pío XII; como ahora la figura de Juan XXIII ha venido a ocupar el lugar que tenía el Cardenal Roncalli.

También ahora volverán las multitudes a agolparse junto al obelisco de la Plaza de San Pedro, cabe los altos surtidores que lanzan al aire esa alegría de agua hecha espuma, para esperar la aparición de una blanca figura, aclamarla con la angustia de la alegría inmensa, y regresar a sus hogares para exclamar con júbilo: «¡He visto al Papa!»

